

LOS SALESIANOS EN CARTAGENA: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

THE SALESIANS IN CARTAGENA: A HISTORICAL PERSPECTIVE

Alfredo J. Pérez Caballero. Historiador, Universidad de Cartagena. Magíster en Historia del Mundo Hispánico, Universitat Jaume I. Diplomado Marketing Cultural y Formulación de Proyectos, Universidad Rafael Núñez. Teoría del Cine, Fundación Universitaria Colombo Internacional (Unicolombo)–Festival Internacional de Cine de Cartagena de Indias. E-mail: aperez@unicolombo.edu.co

Recibido: 13/11/2012 – Aceptado: 15/01/2013

Resumen: La influencia que jugó la iglesia en la construcción de la sociedad colombiana suele revisarse a la luz del papel evangelizador, así como también de los procesos educativos que adelantó la misma en los diversos sectores sociales del país. Es así como a nivel nacional es reconocido el trabajo formativo de comunidades como la del Colegio de la Presentación o los jesuitas en la fundación de escuelas, colegios y universidades para la enseñanza moral y académica. Sin embargo, poco se menciona acerca del papel que jugaron las comunidades religiosas en Cartagena, y mucho menos su influencia y participación en la educación de ciertos sectores sociales, especialmente los populares. El presente artículo se propone como una revisión histórica de la conformación de la comunidad salesiana en la ciudad de Cartagena y las particularidades que diferenciaron su trabajo formativo frente a otras comunidades religiosas que arribaron a la misma.

Keywords: educación, escuela de arte y oficio, salesianos y sociedad

Abstract: The role of the Catholic church in the construction of Colombian society tends to be seen as one of an evangelizer as well as educator in various parts of the country. That is how the Jesuit or La Presentation missions are recognized as founders of schools, colleges, and universities that taught academics and values. However, little is mentioned of the role of religious groups in Cartagena and much less of their influence and participation in the education of specific social groups, namely the poorer ones. The following article proposes a historical revision of the formation of the Salesian community in the city of Cartagena and the factors that set apart their work in education in comparison to other religious groups that completed the same goal.

Keywords: education, art and craft school, salesians and society

Introducción

Situar el papel desempeñado por la Iglesia dentro del desarrollo histórico de Colombia, y, por supuesto, de Cartagena, en el siglo XX, reviste una importancia definitiva para la comprensión de la influencia que esta alcanzó en la construcción de la sociedad colombiana, no sólo a nivel pedagógico, sino en la instrucción de mano obrera calificada para desempeñarse en las incipientes industrias que se fundaron en la ciudad durante este periodo. Este fenómeno se dio en forma tan marcada en Colombia, que al respecto el historiador Fernán González (1985, p. 10) señala “casi todos los visitantes extranjeros del siglo XIX y XX subrayan el tremendo influjo socio-cultural de la iglesia en la vida de la nación”.

La ciudad de Cartagena no fue ajena a este proceso, sin embargo, sí presentó una particularidad distintiva frente al trabajo realizado por otras comunidades religiosas. Esto se puede evidenciar al analizar el proceso de formación de la comunidad salesiana en la ciudad amurallada, como un grupo religioso que se dedicó principalmente a la capacitación de la mano de obra de la ciudad y de la educación de los jóvenes pertenecientes a los sectores populares. Una de las consecuencias derivada de este proceso fue la generación de una estrecha relación entre estos grupos sociales y la comunidad.

Para efectos de apreciar, de manera más clara, cómo se fue generando esta relación entre los grupos sociales populares y la comunidad salesiana, el artículo está dividido en dos partes: En la primera parte, se presenta el desarrollo socioeconómico de la ciudad a principios del siglo XX como marco de referencia para la comprensión de la importancia que revistió la llegada de los salesianos. En la segunda parte, se muestra el desarrollo histórico de la constitución de la obra salesiana en la ciudad, pues la comprensión de los criterios a los que obedeció su fundación revela la causa de su relación con los sectores populares, así como también el papel que desempeñaron sus auspiciadores en el fortalecimiento de las escuelas salesianas.

El contexto socioeconómico y político de Cartagena que enmarcó el arribo de los Salesianos a la ciudad

Al despuntar el siglo XX, Colombia inició un proceso de desarrollo económico debido, entre otras razones, al aumento de las exportaciones de café. Sumado a este auge económico, se dio la implementación del modelo proteccionista por parte del gobierno de Rafael Reyes, gracias a lo cual se comenzaron a dar los primeros pasos en el montaje industrial en el país, destacándose de manera significativa la industria

tabacalera y la textil. Este desarrollo incipiente de la industria se vio beneficiado a tal manera que en un lapso de seis años, la creación de empresas se duplicó en algunas regiones del país. A este respecto, Jesús Bejarano (1994, 136) refiere que, si para 1900 se contabilizaban doce fábricas en Bogotá, diez en Antioquia, una en Boyacá, otra en Bolívar y numerosas empresas caseras de textiles y tabaco en Santander, ya para 1916 existían en Bogotá trece fábricas, en Antioquia más de veinticinco, más de diez en el Atlántico, ocho en Bolívar y varios establecimientos menores de molinera, velas, jabones y tejidos manuales en Caldas y Santander.

El acelerado desarrollo económico se vio aún más favorecido gracias a factores suscitados en la década de los veinte, tales como: un aumento en las exportaciones del país, la adquisición de la deuda externa y la indemnización de veinticinco millones recibida por la separación del istmo de Panamá. Esta prosperidad se tradujo en un aumento de la construcción de una infraestructura (carreteras, puentes, trenes, etc.) acorde con las necesidades que demandaba la economía agroexportadora imperante en el momento. Es importante destacar que esta situación conllevó a la migración de grandes masas que habitaban las zonas rurales hacia las ciudades en búsqueda de ingresos más altos y un mejoramiento de las condiciones de vida, lo cual, a su vez, derivó a un rápido crecimiento de la población urbana (1994, p. 136).

El desarrollo económico mencionado no fue ajeno a la región caribe. Así, en el texto de Adolfo Miel Roca Cartagena 1900-1950: A remolque de la economía nacional (1998), se destaca que de manera puntual en la ciudad de Cartagena, desde finales del siglo XIX la economía de la ciudad se vio impulsada gracias a la habilitación del canal del Dique para la navegación comercial, a la construcción de una vía férrea entre Cartagena y Calamar, el auge de la navegación por el río Sinú y la construcción del muelle de la Machina, solo por destacar los factores más relevantes.

Resultado de esto fue que entre 1890 y finales de la década de los veinte, se establecieron y prosperaron empresas industriales de importancia para la economía local como la Andian Nacional Corporation, y la fundación de fábricas por empresarios locales como la de Hilado y Tejidos Merlano, la de Medias de Visbal e hijos, y la de gaseosas de Carlos Román, y la Panadería Benedetti. Aunque la magnitud de este impulso industrial no fue comparable al de Medellín, Bogotá o Barranquilla, estas empresas significaron un despegue económico y una atracción de mano de obra para la ciudad.

Precisamente, es a partir de esta lenta aparición de

la industria en Colombia, y, por supuesto en Cartagena, como lo señala Eduardo Posada Carbó (1998, 65) en su texto *El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950)*, que se hace posible hablar del surgimiento de una clase obrera. La cual compartió con la clase obrera de otras latitudes el común denominador de las duras y penosas condiciones materiales del proceso de producción, las arbitrariedades y los abusos cometidos por los patronos en su afán de enriquecimiento y, sobre todo, la falta de educación e instrucción.

Una evidencia de esta situación se puede constatar en los periódicos de la época, que destacaban los puntos conflictivos de las reclamaciones obreras así: la alta peligrosidad de las máquinas y herramienta de trabajo, y los riesgos derivados del poco conocimiento que sobre estas se tenían, lo cual causaba innumerables accidentes de trabajo, tales como mutilaciones y deformaciones de algunas partes del cuerpo (amputación de mano, piernas, quemaduras, etc.); así como también la excesiva jornada de trabajo y la imposición de elevadas multas a los obreros que faltaban al reglamento, deducidas del salario semanal.

Las reclamaciones salariales, el descanso dominical remunerado, entre otros, se constituyeron en los elementos que caldearon el ambiente de las relaciones obrero-patronales y que terminaron convirtiéndose en la materia prima de la labor organizadora de los obreros. Sus órganos de prensa aludían a casos particulares en los cuales se denunciaban los atropellos de los patronos. A la vez que servían para reclamar un orden social justo, confiriéndole un carácter político a sus problemáticas y sirviendo de caja de resonancia de la cuestión social. De ahí que no fuera raro encontrar en un mismo periódico o discurso una disertación contra el gobierno, la inmoralidad y, a la vez, un llamado al ahorro, a la educación y al fortalecimiento de la ayuda mutualista. Un claro ejemplo de ello son los discursos que aparecen en la prensa liberal regional (1921), donde se señala la deficiente legislación social existente en el país en torno a cuestiones como la construcciones de habitaciones higiénicas para jornaleros, el trabajo de la mujer y del niño, los accidentes de trabajo y a la extensas horas laborales diarias sin descanso dominical a las que eran sometidos los obreros. Al respecto, Solano, en el texto titulado “Trabajo y ocio en el Caribe Colombiano 1880-1930” (1996), citando a Thompson (1996), describe la manera como los obreros tenían que sufrir la imposición de un reglamento inflexible dentro de la empresa, como mecanismo para lograr la disciplina necesaria entre sus trabajadores, aspirando a que estos renunciaran a los patrones culturales tradicionales de hábitos intermitentes de trabajo que obstaculizaban tales principios, y adoptaran el modelo de disciplina social-laboral impuesto por los

patrones.

La manera como se relacionaron estas cuestiones con el papel desempeñado por la Iglesia se puede apreciar con mayor claridad durante la administración conservadora (1886-1930). Pues el tratamiento a toda esta serie de problemas sociales que estaban afrontando los sectores obreros, estuvo estrechamente ligado con la acciones de la Iglesia. De manera puntual, como el de Antioquia, que preocupada por la llamada «cuestión social», logró integrar elementos religiosos, comunitarios y organizativos que permitieron una identidad social del obrero antioqueño. Identidad que sería trasladada a las empresas con la participación destacada de los empresarios, quienes combinaron la tradición con la naciente industrialización. Esto se encaminaba básicamente hacia dos aspectos: la valoración del trabajo y el control del tiempo libre. Mediante la primera, se enfrentaron las dificultades de los hábitos tradicionales de trabajo, buscando el compromiso del obrero a través de la adaptación de sus intereses a los de la empresa. Con la segunda, se propició la moralización de la vida del trabajador y el fortalecimiento de los valores cristianos dominantes.

Si bien este fue el caso de Antioquia, para la cuestión de Cartagena y de la Costa en general, el apoyo a la educación y el impulso a la «cuestión social» por parte de la Iglesia no fue tan fuerte como en el caso de Antioquia. Ya que, solamente a principios del siglo XX fue posible observar la llegada a la ciudad de comunidades religiosas como la Salle y las Hermanas de la Presentación, con proyectos educativos a desarrollar. Es precisamente en este contexto que se enmarca la llegada de los Salesianos a Cartagena, de manera puntual, en la década de 1930, con el fin de darle “respuesta” a la cadena de conflictos, necesidades y expectativas que traía el desarrollo industrial a una ciudad que, de manera cada vez más acelerada, rompía sus lazos con la Colonia para adentrarse en las dinámicas y contradicciones de la Modernidad.

Periodo fundacional de la obra salesiana en Cartagena 1939-1950

Como veníamos mencionando, el arribo de la comunidad Salesiana se da en un momento en que el clero estaba volviendo a jugar un papel protagónico en la vida del país, pues, gracias a la reforma constitucional de 1886 y el concordato de 1887 —impulsado por Rafael Núñez durante su mandato—, se puso fin a una serie de conflictos entre la Iglesia y el Estado, que habían sido la constante durante el período liberal radical. Uno de los logros de estos acuerdos lo describe Abel Cristopher (1987) en el texto titulado *Política, Iglesia y Partidos Políticos en Colombia: 1886-1953* quien menciona que el Estado le otorgó a la

Iglesia el derecho de velar sobre los textos escolares y universitarios, entre otras tantas concesiones hechas (p.31).

En este punto es importante destacar que el facilitador de que la comunidad salesiana llegara a suelo colombiano fue el político cartagenero Joaquín F. Vélez, una de las figuras más destacadas del conservatismo de la ciudad, y que para el momento cumplía funciones de embajador en Italia. La tarea de instauración de la comunidad en el territorio nacional no fue nada fácil, ya que en un primer momento la comunidad se negó a aceptar la petición del diplomático colombiano, argumentando que no había el personal disponible para enviar a Colombia. No obstante a la negativa de los Salesianos, el entonces embajador acudió al Papa León XIII para que mediara ante la comunidad, y fue precisamente gracias a la intervención del Vaticano que la comunidad salesiana decidió enviar al primer grupo de salesianos al país, bajo la dirección del padre Miguel Unia (Parra, comunicación personal; 7 de mayo, 2006).

El proceso de arribo y de fundación de la obra salesiana es como sigue: a Colombia llegaron a través del puerto de Cartagena, en donde lo recibieron los jesuitas, quienes no solo los llevaron hasta Bogotá, sino que les brindaron alojamiento en las instalaciones del colegio San Bartolomé por el tiempo que fuera necesario y que requiriera la adecuación de la residencia que el gobierno nacional les había ofrecido, lo cual sucedió en 1996.

Ahora, si bien es cierto que la comunidad salesiana llegó al país en 1890, fue solo después de casi medio siglo, en el año de 1939, que fundaron en sentido estricto la obra que se habían propuesto en un comienzo. Hasta ese momento, la única obra de estos era un lazareto ubicado en Caño de Oro, un pueblo insular en inmediaciones de la bahía, fundado en 1917. Vale la pena mencionar que la iniciativa de fundar una obra salesiana en Cartagena fue de monseñor Pedro Adán Brioschi, una de las figuras clericales más importante en la historia de la ciudad. Monseñor Brioschi se apoyó en un grupo de prestantes cartageneros entre los que se destacaban Daniel Lemaitre, José Vicente Mogollón, Arturo Franco, Lácides Segovia y Fernando Vélez, la elección de estos ciudadanos notables se debió, en buena medida, a que todos ellos eran comerciantes e industriales de la ciudad que posteriormente se convertirían en los principales financiadores de la obra salesiana.

De acuerdo con las crónicas conservadas en los archivos históricos de la comunidad, los primeros salesianos llegaron a la ciudad el 9 de marzo de 1939, gracias a que el padre José María Bertola, superior provincial en ese momento, envió a los dos primeros

sacerdotes cuyos nombres eran: el padre Bruno Orjuela y el coadjutor Alcides García Gómez. Estos se instalaron en una residencia donada por monseñor Pedro Adán Brioschi, creando en ella un oratorio festivo. A causa de que esta primera residencia era bastante pequeña, se vieron en la necesidad de comprar terrenos aledaños a la casa donada por Brioschi, con el fin de expandir la obra y poder crear la escuela de artes y oficios, que era el principal objetivo de la comunidad en la ciudad (Crónica salesiana, p. 12).

Sin embargo, solo sería hasta 1941 cuando se terminaron de comprar los terrenos necesarios para iniciar la construcción del edificio que daría lugar a la escuela de artes y oficios. Para 1942, se creó la Primera Junta del Oratorio Festivo, la cual quedó presidida de la siguiente manera: María Teresa Román de Emiliani (presidenta), Isabel de Mejía (vicepresidenta), Luz Marina Martínez (secretaria), Ana Susana Emiliani de Vélez (tesorera), y Elena Castillo De la Espriella, Yolanda de Pombo, Hortensia Fadúl (celadoras), todas ellas prestigiosas damas de la ciudad. La importancia que reviste la participación de estas damas radica en que muestra la manera cómo el elemento femenino fue clave para la fundación de la Escuela de Artes y Oficios de los Salesianos. De acuerdo con las crónicas que reposan en los archivos de la comunidad salesiana, las damas mencionadas aprovecharon el fervor religioso presente en algunos sectores sociales para que colaboraran en la construcción de la Escuela, de ahí que buena parte de la construcción material casi siempre fue impulsada a través de la realización de donativos, cooperativas, tómbolas, etc.

Los recursos para la construcción de la Escuela de Artes y Oficios provinieron de diversas fuentes de financiación. Es así como en los archivos se narra que para el año de 1943 la construcción se vio impulsada gracias a un auxilio de tres mil pesos dados por la asamblea, con la condición de que la comunidad se comprometiera a sostener permanentemente en Cartagena la Escuela de Artes y Oficios. Este impulso contribuyó a que en ese mismo año se fundara la Junta Pro-escuelas Salesianas, la cual se convertiría en la Junta de Cooperadores y Cooperadoras Salesianas, que se mantiene vigente hasta el presente.

En realidad, habría que destacar que toda la década de 1940 fue un período crucial para la comunidad salesiana en Cartagena, pues, más allá de su consolidación como institución, su proyección local comenzó a hacerse notoria. Ejemplo de esto lo constituyen, por un lado, la creación en 1947 de un espacio radial en la emisora Fuentes, de propiedad de Víctor Nieto, llamado la “Hora Salesiana”, y, por otro lado, la concesión de la dirección del Centro Cultural Obrero. La importancia que revistió el

Centro Cultural Obrero consistió en que fue uno de los organismos con los cuales los salesianos se hicieron presente entre los trabajadores de la ciudad. En dicha institución, se impulsaba una moral acorde con los principios cristianos referidos al valor y a la dignidad del trabajo, así como también los hábitos y costumbres apropiados tanto en el trabajo como en el tiempo libre y en las relaciones de familia.

La naturaleza y el carácter que tuvo esta institución en la vida de los obreros de la ciudad de Cartagena, así como el alcance de su pertinencia, es un aspecto en el cual vale la pena detenerse un poco en la cronología de la Escuela de Artes y Oficios.

De acuerdo con los registros que se conservan en los archivos de la comunidad salesiana (*Crónica Salesiana*, p. 3), el inicio de la obra fue lento, puesto que en el primer año de creada solo se contabilizaron un alumno interno y cuatro alumnos externos, quienes recibían clases académicas en las mañanas y talleres de carpintería en la tarde. La explicación de esta particular situación era consecuencia, por un lado, de la falta de recursos económicos para la compra de los elementos necesarios para los talleres y, por el otro, la falta de una planta física adecuada.

Sin embargo, para mediados de la década de 1940, la situación comenzó a cambiar. En 1944, don José Vicente Mogollón, dueño de la Tipografía Mogollón, obsequió una máquina y un lote completo de tipos para iniciar el taller de tipografía, y adicionalmente se comprometió a vincular laboralmente a todos los alumnos graduados en ese ramo. Durante ese mismo año se abrió el taller de carpintería en el cual se hallaban matriculados 18 alumnos. Y, de acuerdo con los archivos, se realizó la primera ceremonia de grado de la institución el día 9 de octubre. Entre los graduados de ese año se mencionan: Alfonso Jiménez, José de Villa, Saúl Cogollo, Víctor Manuel Padilla, Justiniano Romero, Luís Ospina, Rafael Estor, Orlando Antonio Flores, Carmelo Herrera y Aníbal Lozano.

Al año siguiente, en 1945, el período escolar inició con 50 alumnos, de los cuales 27 se habían matriculado en carpintería y 23 en sastrería. E inmediatamente, en 1946, se abre el taller de mecánica y, durante ese mismo año, el doctor Antonio Lequerica dona a la Escuela de Artes y Oficios una máquina canteadora. Otro tanto haría el Sr. José Yabrudy, quien a nombre del club rotativo donó una cepilladora con la que se completaría el taller de carpintería. Debido al incremento en la oferta de oficios, fue necesario que se diera un crecimiento proporcional en la planta del personal. Dicho personal estaba compuesto de forma variada, de acuerdo con los archivos salesianos:

por: P. Julio León (director), P. José Cayetano Sánchez (catequista), P. Ignacio Kreling (consejero), Sr. José Avellaneda (profesor del taller de sastrería), Sr. Pedro María Cristancho (taller de mecánica), Sr. José María Cerón (profesor del taller de carpintería).

A tal punto fue el desarrollo de la institución que, para finales de la década de 1940 e inicio de 1950, contaba con 261 alumnos y se expandió académicamente con la apertura de los grados 3°, 4°, y 5° de primaria. El desarrollo en mención trajo aparejado un cambio en el nombre de la institución. En 1956, pasó de llamarse Escuelas de Artes y Oficios a Escuelas Profesionales Salesianas, nombre con el cual se conoce en la actualidad.

A manera de conclusión, después del análisis de las entrevistas, los archivos de la comunidad salesiana, las crónicas y la prensa local, que sirvieron de base para la escritura de este artículo, es posible apreciar el valor y el alcance que tuvo la obra salesiana en Cartagena merced a las particularidades que presentó desde su período fundacional.

La comunidad salesiana en Cartagena fundó una obra pensada en un modelo de educación integral, en el sentido de que no solo educaba al joven en el ámbito académico-católico, sino que iba más allá, y proveía al joven de las técnicas y habilidades por medio de las cuales estarían en capacidad, en un futuro, de desarrollar una actividad que les permitiera ganar el sustento para ellos y sus familias. Este modelo educativo dio paso a la consolidación de una mano de obra calificada para el creciente mercado industrial. Mano de obra que, a su vez, fue necesaria para el crecimiento económico de Cartagena a mediados del siglo XX, dado que en ese momento la tecnificación de las empresas requería de obreros que tuvieran el conocimiento y el manejo de las máquinas que usaban.

En este sentido, la comunidad salesiana contribuyó, de forma puntual, al desarrollo industrial de Cartagena, haciéndose un lugar en la historia de la ciudad, ya que con la creación de la Escuela de Artes y Oficios, se formaron estudiantes que al egresar de la institución poseían los elementos necesarios para ingresar al trabajo asalariado. Así se creó, un modelo educativo que, a través del estudio, vinculó la religión y el trabajo en la formación de hombres útiles a la sociedad.

Referencias

Bejarano, J. (1994). El despegue cafetero (1900-1928). En: J. Ocampo (comp.). *Historia económica de Colombia* (pp. 173-208). Bogotá: Tercer Mundo-Fedesarrollo.

- Christopher, A. (1987). *Política, iglesia y partidos políticos en Colombia: 1886-1953*, Bogotá: Faes, U.N.
- Crónica Salesiana de Cartagena (1939-1960), Cartagena. [Archivo Histórico de Cartagena de Indias]
- El porvenir* (14 de septiembre de 1921). [Archivo Histórico de Cartagena de Indias]
- La causa social* (29 de junio de 1919). [Fondo de miscelánea, Archivo Histórico de Cartagena de Indias]
- Mayor, A. (1980). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Roca, M. (2000). Cartagena 1900-1950: A remolque de la economía nacional. En: Harold Calvo y Adolfo Meisel (Eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XX* (pp. 48-60). Bogotá: Banco de la República-Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Parra, M. (comunicación personal, 7 de mayo, 2006)
- Posada, C. (1998). El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950). Bogotá: Áncora.
- Solano, S. Trabajo y ocio en el Caribe Colombiano 1880-1930 (1996). *Historia y Cultura*, (4), pp. 61-76. Universidad de Cartagena.